

CAMBIO, REVOLUCION, LITURGIA

La editorial Plaza & Janés acaba de publicar la versión española de unos interesantes diálogos del publicista francés André Frossard con Juan Pablo II. El autor cuenta cómo fue el propio Papa quien, pensando en que las angustias, incertidumbres e interrogantes del pueblo no acostumbran a tener respuesta por parte de los "sabios y prudentes del mundo", le dijo sin ambages: "Hágame preguntas". Frossard se las hizo con profusión; casi diría sin medida.

Si hoy, en el umbral de Cuaresma, aludimos a este diálogo es porque entre las preguntas que Frossard hizo al Papa hay una que se presta especialmente para situar y profundizar algo de lo que este ciclo litúrgico debiera aportarnos cada año a todos los cristianos. Y si cabe aún más en este año 1983 en el que los matices cuaresmales se verán especialmente reforzados por otras dos motivaciones: el Año Santo que se inaugurará el 25 de marzo y el Sínodo de los obispos que va adelantando ya sus preparativos y que abordará una temática fuertemente enlazada con la liturgia cuaresmal: "La reconciliación y la penitencia en la misión de la Iglesia".

Cuando Juan Pablo II y Frossard habían dialogado ya largamente sobre numerosos temas, el publicista abordó una difícil cuestión, muy traída y llevada hoy entre determinados grupos cristianos: la del esca- broso tema de la política social y de la militancia de muchos cristianos en la misma, la de la actitud de la Iglesia ante la rebelión de no pocos frente a determinadas situaciones sociales, la de la llamada "teología de la revo-

lución” o, si se quiere, la de la ideología que, con el término más suavizado de “cambio”, ha constituido el slogan de nuestros socialistas.

A estas difíciles cuestiones Juan Pablo II responde admitiendo, rechazando y distinguiendo. *Admite* que hay que cambiar, pero este cambio, viene a decir, ha de partir de la persona que ha de reformar sus propias estructuras de injusticia (bajo la doble acepción que tiene esta palabra: injusticia, en el sentido bíblico de falta de santidad ante Dios e injusticia en el sentido sociológico de cerrazón ante el hermano necesitado). *Distingue* entre lo que es misión de la Iglesia que debe actuar siempre a manera de levadura que transforma el interior del hombre y lo que constituye el foro más externo de una mejor ordenación de la sociedad que corresponde a otras instancias. *Rechaza* que la clave de “revolución” tenga base suficiente para “releer”, como algunos han pretendido, el mensaje evangélico. He aquí como se expresó el Papa: “La palabra *rebelión* (en el sentido de revolución no es típicamente evangélica. Lo propiamente evangélico es la palabra *metanoia* o conversión. La Iglesia se esfuerza en actuar en este sentido, aunque teniendo plena conciencia de la doble dimensión interior y social de este término. La Sagrada Escritura se alza enérgicamente contra toda injusticia y contra toda explotación del hombre por el hombre, tanto por boca de los profetas del Antiguo Testamento como en las cartas apostólicas (v. gr, Sant 2,6; 5,4-6). En la Liturgia estas palabras son evocadas sobre todo durante la Cuaresma, que nos invita cada año a la conversión. ¿Tenemos una base suficiente para ‘releer’ el mensaje evangélico y la misión de la Iglesia según la clave de la revolución?... La que podríamos llamar (si tanto nos empeñamos en utilizar este término) ‘*revolución del Evangelio*’ tiene una dimensión propia más profunda, más fundamental y más universal que cualquier forma histórica de revolución socio-económica... El cristianismo presenta una particularidad desconocida, probablemente porque es demasiado evidente: la persona es para él de una importancia infinita, y así como la salvación es obra *de uno solo*, de ‘ese hombre al que llamamos Cristo’, así, a diferencia de los sistemas que actúan por la masa y el peso material, el cristismo sostiene que *un solo ser* que cambie puede cambiar el mundo” (pág. 148).

Las reflexiones del Papa sobre lo que es y lo que no es vocabulario evangélico son un modelo de respuesta radicalmente cristiana. Y por ello especialmente pueden servir de pórtico para la Cuaresma. A través de este tiempo toda la Iglesia está llamada a “renovarse”, a adquirir aquella “*metanoia*” de la que hablaba el Bautista. En el bien entendido que esta “*metanoia*” que significa “cambio de *mentalidad*”, está en el *interior del hombre* y sólo luego manifiesta —debe manifestarse— en actitudes exter-

nas. Algunas de las aportaciones de este número de Oración de las Horas nos llevan precisamente a vivir estas realidades desde el interior, a realizar una auténtica "metanoia". Aldazábal, por ejemplo, al referirse a las vestiduras en la celebración las quiere ver no como simple amuleto sino como *instrumento* para vivir el cambio de situación de quienes las usan, para significar, por tanto, actitudes interiores y realidades invisibles. Y la Sección "Biblia y Año Litúrgico" invita a sobrepasar lo que podríamos llamar mera materialidad de los nuevos Leccionarios para ver lo que con ellos dinámicamente se pretende en el orden de adherirse a Cristo evitando una lectura sólo material o sólo exegética. Ejemplo éste de las lecturas bíblicas entre otros muchos de lo urgente que resulta aún la "metanoia" que transforma nuestras mentalidades. También el Material para la celebración, ofreciéndonos palabras del Papa sobre la penitencia, intenta suscitar en las comunidades cristianas un movimiento de adhesión espiritual y de oración que disponga los ánimos hacia la "metanoia" que está en la raíz del tema sinodal. P.F.